

[No. 12. 13 —abril— 1975, p. 4]^A

Las reglas del juego

Aunque no existen reglas bien establecidas, una especie de código de honor respecto a la controversia intelectual, deberíamos hacer un esfuerzo por darle una forma explícita a ciertas intuiciones básicas de lo que son sus límites naturales.

Una amiga sugiere, por ejemplo, que en un torneo medieval hubiera resultado chocante que uno de los caballeros sacara en plena contienda el pañuelo de la esposa del rival para sonarse. Ese sentido de *fair play* que suele atribuirse a los ingleses no es un mero resabio caballeresco-feudal, sino que está inspirado en consideraciones elementales de orden práctico. Eliminar de un balazo al contendor en un encuentro deportivo tiene el efecto deplorable de que los espectadores nunca sabrán cuál de los dos participantes iba a ser el ganador. De la misma manera, cortar abruptamente un diálogo sobre materias artísticas o literarias con alguna reflexión maliciosa inoportuna sobre algún defecto físico demasiado aparente del contradictor o sobre su curioso acento extranjero, no es la manera más adecuada de expresar un desacuerdo.

Naturalmente no puede llegar a establecerse un decálogo de las reglas de juego así como así. Desde las masas contundentes que enarbolan los cavernícolas con variados fines prácticos (entre ellos, la expresión de sus desacuerdos) hasta la elaboración de las más sofisticadas herramientas conceptuales, debieron mediar no poco tiempo y no pocos ensayos, generalmente mortales.

A La indicación de fecha, título, número y página están escritas sobre la página inicial del texto fotocopiado, muy posiblemente por Hernán Lozano, editor de la *Obra Completa* de G. Colmenares, a partir del cual trascribimos. Es posible que esa indicación inicial se refiera a *Esstravagario*, la revista cultural del periódico *El Pueblo* de Cali, en donde Colmenares publicó más de una decena de textos, pero la comprobación debe hacerse. Por la disposición en columnas de la fotocopia que tenemos a la vista, todo indica que lo que tenemos es una copia del texto impreso publicado en la revista cultural mencionada. Pero la fotocopia carece de título original, y el que hemos incluido, que puede ser el original, fue agregado a la fotocopia por el citado Hernán Lozano. El texto es una variación de un tema muy presente en el trabajo de Colmenares: la necesidad de una discusión civilizada —“que ojalá fuera en castellano”, escribía Colmenares en uno de sus alegatos al respecto en la Universidad del Valle—, y la idea de que la ignorancia corría paralela con la intolerancia, y que pronto la intolerancia conducía a la violencia, un hecho que le parecía una peligrosa tendencia cultural de la sociedad, que había tenido muchas manifestaciones en la vida política colombiana del siglo XX —incluida la vida parlamentaria—, y que era un estilo de acción que los partidos políticos tradicionales, en sus fracciones más sectarias, habían impulsado en la política popular y en la acción de masas, particularmente desde los años 1930. A mala hora, esa forma de acción y esa cadena que liga la ignorancia, la intolerancia y la violencia fue reproducida desde los comienzos del Frente Nacional en la vida intelectual del país, sin excluir a los medios universitarios contestatarios, en un periodo que coincide con el crecimiento acelerado de las instituciones universitarias públicas y con la aparición de lo que puede ser llamado una “juventud moderna”, lo que no podía menos que contribuir a la reproducción en “escala ampliada” de lo que ha terminado siendo, de manera paradójica, un obstáculo más para el cambio social y político de orientación democrática en la sociedad colombiana.

Alguien argüirá que el argumento de Mingote sobre la similitud entre las famosas masas y la controversia disuasoria a golpe de bombas H, reduce forzosamente a la nada esta línea de razonamiento. Que más vale dejar las cosas como están, armándose cada uno de una buena verga para vapulear a voluntad al contendor. Y que los resultados —lamentables o sangrientos— deberán atribuirse exclusivamente al calor que se pone en la contienda, para la diversión de la galería. Y además, ¿para qué trenzarse en controversias de tipo “intelectual”? Debemos ser un pueblo de hombres intrépidos, con el valor de sus convicciones y prestos a defenderlas a vergajazos.

Pero, si uno hace caso omiso de esas tradiciones teñidas de un sano primitivismo y aspira, así sea modestamente, a mantener los privilegios de una conversación, está obligado a manifestar su desacuerdo y no quedarse callado, temeroso de que le partan el cráneo o que lo silencien con un golpe bajo, capaz de quitar el resuello.

¿Por dónde comenzar? Lo más simple parece ser establecer que, si de controversias intelectuales se trata, estas permanezcan confinadas a los recursos propios de la inteligencia y no se apele a los más íntimos resentimientos.

Una segunda regla podría ser, aunque parezca demasiado elemental, que los interlocutores se pongan de acuerdo sobre el tema de la discusión y procuren olvidar su conocimiento y sus apreciaciones personales sobre el otro. Esta regla parece un poco difícil de cumplir en donde “Uno conoce a todo el mundo”, pero vale la pena probar. De aquí se deriva otra un poco diferente: si “Uno realmente no conoce al adversario, por ejemplo porque ni siquiera lo ha leído, más vale no hacer deducciones precipitadas sobre su persona. Podría agregarse, todavía, que hay que tener cuidado en escoger al adversario. Por ejemplo, no llamar a controversia a Jean-Paul Sartre desde alguna región demasiado apartada, en donde ni siquiera haya teléfono, por la sencilla razón de que Jean-Paul Sartre podría no enterarse de nuestros buenos argumentos en contra suya”.

Respecto a controversias menos universales es altamente recomendable no emplear en exceso las lenguas foráneas. Un castellano claro casi, casi, que es síntoma de buena educación. Al contrario, un lenguaje desmañado y confuso tiende a dejar la impresión de que se quiere descrestarnos o de que la persona leyó demasiado y sin un buen método en algún país extranjero. Algo similar puede aconsejarse a los interlocutores de izquierda.

Marx, nadie lo duda, es una excelente lectura. Pero Marx es inimitable. Y sus teorías son tan inteligentes que pueden expresarse en un buen castellano. Naturalmente, Marx no es todo el marxismo. Pero hay que tener cuidado con sus exégetas, especialmente los franceses. Pueden conducirlo a uno a emplear un lenguaje tan extraño que dificulte enormemente cualquier discusión. ¡Ah! Y cuidado con el “rigor” y la manía excesiva por las “categorías correctas”. Si uno no le comunica al adversario exactamente el pasaje de Althusser en cuestión la cosa puede parecer muy sugestiva pero poco inteligible.

En cuanto a los que ven marxistas hasta en la sopa, claro, vale la pena recomendarles la lectura de un libro que se llama *El capital*. Comprenderá entonces que no es fácil ser marxista y que el “virus” no puede estar tan extendido. Inútil decirles que desconfíen de las imitaciones. Todo antimarxista furibundo admira secretamente a quienes tienen el coraje de leer *Play Boy*.

Finalmente: para mantener una buena conversación y un buen nivel intelectual de discusión no es imprescindible documentarse exhaustivamente. Pero si es aconsejable tener algunas ideas respecto a lo que se discute, sobre todo, no hay que mostrarse molesto por el hecho de que el adversario maneje algún caudal de información de la que no teníamos ni idea. La frecuentación de estas personas puede ser provechosa y tenemos que pensar, caritativamente, que no siempre exhiben sus conocimientos por un afán inmoderado de brillo personal, sino porque suponen —tal vez ingenuamente— que nosotros también estábamos enterados. Y que en todo caso resulta imposible una discusión medianamente racional sin tener en cuenta lo que otros han dicho o han pensado. Resulta más pretencioso partir de cero en una discusión sobre un tema difícil que recordar, así parezca pedante, a algún autor, pues con esto no hacemos otra cosa que reconocerle sus méritos. El comercio con los libros no es mero ejercicio pedantesco. Es en cierto modo, una manera de entrar en comunicación con otros, de discutir con ellos.

Estas cosas tan simples implican el ejercicio de una especie de humildad. Y la categoría puede parecer muy discutible pero no parece que pueda reemplazarse fácilmente; me refiero a algo que pudiéramos llamar honestidad mental o, en términos de la urbanidad de Carreño, higiene de la controversia. Supongo que todas estas reglas ya se conocían en el siglo XVIII en países como Francia o Inglaterra. No cultivo personalmente una admiración beata por estos países, pero pienso que aquí también podríamos ensayar un buen diálogo sin el placer fraudulento de probar nuestra habilidad para la zancadilla y nuestro profundo desprecio por los “formalismos”. Es sano huir de la decadencia y la “corrupción” de las grandes ciudades, pero no hay que extremar las cosas en la búsqueda de aire puro y de encantadoras escenas bucólicas. Porque ni siquiera podríamos disfrutarlas sin una imagen pictórica o literaria. Y no olvidar, sobre todo, que hasta el “buen salvaje” es un invento